

y con la muerte, y veía cómo sus dioses descendían del cielo para participar en la fiesta de las espadas. Wotan, el principal de los inmortales, asistía a la lucha acompañado de sus cuervos hambrientos, y las valquirias, vírgenes guerreras con alas de cisne, volaban por sobre el campo de batalla para llevar a la región de los bienaventurados las almas de los muertos.

Después de la victoria, se repartía el botín, las armas, los cautivos, los esclavos, el oro, sobre todo, el *oro rojizo* que el bárbaro amaba tanto como la sangre y cuyo prestigio fatal era cantado a menudo en los poemas antiguos. Se inmolaba a los prisioneros con ritos crueles, ofreciéndoselos a los dioses que les habían dado la victoria, entregándose después al frenesí de la orgía y a banquetes interminables, donde la embriaguez era la única forma de alegría, mientras los cantos de triunfo se mezclaban con el estertor de los moribundos y con los graznidos de las aves de rapiña. Creían que al mismo tiempo los valientes que habían muerto con las armas en la mano participaban de placeres análogos en el palacio de los dioses, donde la inmortalidad venía a ser la recompensa de sus hazañas.

Se comprende qué influencia debía ejercer en naturalezas jóvenes y entusiastas este misticismo sangriento que hacía de la guerra una religión y que sólo permitía conquistar la felicidad eterna en el campo de batalla. A los guerreros respetados por la muerte les perseguía hasta lo íntimo de sus hogares el recuerdo de estos dramas incomparables cuyo horror grandioso empapaba ya toda su existencia, y una atracción irresistible los empujaba año tras año hacia aquel torbellino mortal en el que acabarían por hundirse.

Así, pues, para el germano no había más ideal humano que el del guerrero, ni más vocación que la de héroe. Desde la niñez las imaginaciones se nutrían y se veían poseídas, por decirlo así, de sueños de gloria militar. Podemos convencernos de ello recorriendo un precioso documento que la erudición paciente de nuestros días ha reconstituido juntando mil piezas: es el repertorio inmenso de nombres propios que los germanos se daban o que recibían de sus padres, y que abunda en apelativos bélicos. Cualquiera se creería transportado a la *Iliada* con nombres como *Espada victoriosa* (Sigidegun) o *Casco brillante* (Plechelm), que exhalan perfume homérico, mientras que la infancia de los bosques del Norte se reconoce en metáforas como *Lobo de los combates* (Gundulf) o *Cuervo del campo de batalla* (Walramn), y otros cientos, cuya bárbara audacia expresa bien el carácter bravío de la poesía germánica.

Todo conducía a ser guerrero, es decir, a ser juzgado digno de llevar

las armas; el que aún nos las llevaba o el que ya no podía manejarlas quedaba excluido de toda participación en los asuntos públicos; en esta sociedad de fuertes no había derechos sino para los que podían defenderlos. El día más importante de la existencia de un joven germano era aquel en que recibía solemnemente la frámea; esta ceremonia consagraba su mayoría de edad por una especie de sacramento bárbaro que le elevaba de la categoría de niño a la de hombre. Una vez que poseía el arma tan ansiada, ya no la abandonaba jamás; el enlace entre él y la frámea era la única unión indisoluble: no había amistad más segura ni tesoro máspreciado, y le acompañaría siempre como emblema de su derecho y de su fuerza. En la batalla era su única defensa, y allí se empapaba en la sangre del mismo enemigo; en las asambleas, entrechocada con las de sus vecinos, habla por él y emite su voto; en los festines, suspendida a su lado, toma parte en su alegría y a menudo en sus querellas. Ella es la que preside la unión con su joven esposa, así como los actos más importantes de la vida civil: cuando adopta un hijo, cuando da libertad a un esclavo, cuando cierra un pacto; sobre ella, como el objeto más sagrado, presta sus juramentos más solemnes. Ella era, en el tribunal, el símbolo de la justicia, y en manos del rey, el de la autoridad; tiene como vida y personalidad propias, y los héroes gustan de asociarla a su nombre. Ni aun la muerte puede romper la alianza que hay entre ella y el guerrero; mucho tiempo después de desaparecer la costumbre de quemar a las esposas sobre la pira de sus maridos, la frámea, esposa más fiel, continuaba en la tumba al lado del dueño cuya existencia había compartido, y dormía junto a él el sueño eterno.

Con las armas en la mano, el bárbaro se sentía en posesión de libertad casi ilimitada, y tenía a distancia a cualquiera que hubiera querido aproximarse irrespetuosamente a su persona. La frámea trazaba alrededor de él un círculo infranqueable, en medio del cual se movía a sus anchas con libertad solitaria y recelosa. Todo lo que abarcaba ese círculo estaba al alcance de su mano y le pertenecía indiscutiblemente; era allí dueño y señor, y reinaba con poder absoluto sobre los seres inermes que le rodeaban. Imbuído del sentimiento orgulloso de su valor personal, no se dejaba imponer ni por la majestad de las leyes, cuando éstas contrariaban sus caprichos, y miraba cara a cara a su propio soberano, sin palidecer ante su cólera. En la insolencia de su natural indomable, hinchado por el orgullo de vivir, no temía igualarse a los dioses mismos, y a veces se procla-

maba osadamente superior a ellos ¹. Esta independencia salvaje, que empujaba a la persona humana a todos los excesos, sólo era expresión del egoísmo feroz de la fuerza; el hombre se convertía así en su ley y su dios, y se adoraba a sí mismo en esos triunfos de su vigor físico.

Los débiles desconocían los goces altivos con que se embriagaban los fuertes: todo el que no estaba en situación de defenderse por sí vivía bajo la autoridad y tutela del guerrero; las mujeres, los hijos, los viejos y los esclavos constituían sus súbditos, pues la familia no era sino la prolongación de su personalidad tiránica, y constituía una especie de monarquía absoluta, hereditaria en los varones, que habían de adquirir y conservar su trono a fuerza de puños. La mujer era el primer súbdito de su marido, quien tenía sobre ella, como sobre los demás miembros de su familia, derechos de vida y muerte. El divorcio y la poligamia, estas dos formas ordinarias de opresión del sexo débil, habrían empeorado su triste situación si la simplicidad de las costumbres, hija de la pobreza, no hubiera servido de correctivo a los abusos de la fuerza, encerrándolos en estrechos límites. La poligamia era privilegio de los jefes; en cuanto al divorcio, que es fruto de la podredumbre social, apenas se le encuentra en las sociedades jóvenes. Los germanos, superiores en esto a los orientales, veían en la mujer, si no una igual, al menos una compañera fiel, y no la rebajaban al papel de esclava. Las leyes le acordaban una indemnización igual a la del hombre y protegían su pudor con cuidado exquisito; la prostitución y el adulterio se miraban con desprecio, y aunque la brutalidad del temperamento bárbaro cayese a veces en desvaríos terribles, puede decirse que las relaciones sexuales ofrecían, en comparación con lo que eran en la sociedad romana, toda la superioridad del estado natural sobre la corrupción civilizada.

Los derechos del padre eran tan absolutos como los del esposo, y sus deberes para con los hijos no comenzaban sino a partir del momento en que quería adoptarlos. Estos deberes se limitaban, por lo demás, a alimentarlos, pues los chiquillos iban creciendo revueltos con el ganado, sin otra educación moral que la del ejemplo, y se criaban por sí solos, semidesnudos, sucios y fuertes, como los animales domésticos. Cerca del hogar, animado por sus juegos bulliciosos, arrastraban los restos lánguidos de su existencia inútil los pocos viejos que por casualidad habían sobrevivido a los combates; se les soportaba, pero no tenían honores ni crédito, y ellos mismos se relegaban a donde no estorbaran como para hacerse perdonar su lentitud

¹ CAESAR, *De bello gall.*, IV, 7.

en morir. Por ser una carga para sí mismos y para los demás, parecían fantasmas importunos del pasado que entristecían la casa de los vivos, y muchas veces se desembarazaban espontáneamente de la carga de su vida, felices si alguien no los mataba antes.

La vida doméstica estaba, pues, también a merced de la fuerza; faltaba allí una ley moral que hubiese hecho derivar de más arriba los derechos y deberes de cada cual y que hubiese sido obedecida por todos con convicción. Otra causa que contribuía a quitar al hogar su encanto era la ociosidad total del jefe de familia y el desprecio con que miraba al trabajo. Es éste un rasgo característico del paganismo, y se encontraba entre los bárbaros al igual que entre los romanos de la decadencia; nunca hubo Cincinatos en las selvas de Germania, y las manos que oprimían tan poderosamente el puño de la espada no sabían dirigir con cuidado la reja del arado. Todo el trabajo necesario para el sustento diario de la familia quedaba en manos de los que no eran suficientemente fuertes para conquistar su derecho a la ociosidad: las mujeres, los viejos, los esclavos.

Para que los fuertes pudieran gozar de reposo absoluto, era inevitable que los débiles quedasen sometidos a la dura ley del trabajo, y, por pobre que fuese la sociedad bárbara, la esclavitud era un lujo del que nunca hubiera podido privarse. Si no revestía la dureza implacable que en las sociedades privilegiadas, no era porque los dueños fueran naturalmente más humanos, sino porque todavía no sabían todo lo que se podía sacar de ella, pues el bárbaro, tan pobre, ni siquiera tenía idea de las voluptuosidades que las civilizaciones refinadas debían a la institución de la esclavitud. Su habitación, su aseo, su cocina, sus placeres, todo su género de vida era, en una palabra, demasiado simple para necesitar tener en torno suyo un rebaño humano numeroso; no hubiera sabido qué hacer con toda esa población servil, que habría entorpecido la libertad salvaje de sus andanzas, y que sólo necesitaba para cultivar sus tierras y guardar sus ganados. De aquí que los esclavos germánicos, que vivían en sus hogares propios con su familia, gozaban de una condición infinitamente superior a la de esos desgraciados aprisionados por mil cadenas, sabiamente forjadas, bajo la mirada y la mano del dueño en las grandes ciudades o en los vastos predios del Sur.

El reposo del bárbaro no tenía, sin embargo, nada de envidiable, y la ociosidad le proporcionaba tristezas desconocidas para el esclavo. Durante los tristes días de aquellos inviernos interminables, se entretenía al lado del fuego, arrastrando silenciosamente el peso de su existencia vacía. Faltábanle las distracciones, ese estéril trabajo

del desocupado; apenas conocía algunas de las más rudimentarias y menos delicadas, y a ellas se entregaba con frenesí sin igual para engañar su fastidio y gastar la superabundancia de vigor que había en su temperamento. Cuanto más violentos eran los placeres, más incentivos tenían para él; de aquí que la caza le apasionase tan hondamente. Veía en ella la imagen lejana de la guerra, los peligros, la sangre vertida y el botín subsiguiente al combate. Durante días enteros corría a través de la selva persiguiendo a los animales salvajes, que le vendían cara su vida, para volver al hogar con sus despojos y hacer preparar con ellos festines opíparos en que participarían numerosos convidados. Entonces corría a mares la cerveza; grandes cuernos de bueyes salvajes circulaban de boca en boca, rebosantes de espumosa cerveza, al igual que los cráneos de los enemigos vencidos (vasijas de mucho valor), y aquellas libaciones homéricas suscitaban alegría creciente y bulliciosa, que no tardaba en adquirir proporciones peligrosas. Tras la comida, a la embriaguez de la bebida se unía la del juego, al que se entregaban con tal pasión, que estos hombres, tan celosos de su independencia, empeñaban a veces sus bienes, su familia y aun su propia persona, dejándose vender como cautivos, con todos los suyos, para pagar sus deudas de juego. En cabezas tan recalentadas, el menor incidente hacía estallar una disputa: se cruzaban entonces las injurias, los asientos saltaban por el aire, se empuñaban los cuchillos, y la fiesta que había comenzado entre regocijos terminaba en sangre. En la frecuencia y brutalidad de estos episodios hay que ver la reacción inevitable del temperamento contra la monotonía de una vida ociosa que necesitaba excitantes continuos y que no los encontraba sino en el desbordamiento de los sentidos.

El espíritu, en efecto, permanecía inculto; y no porque fuese estéril, ni mucho menos, pues los tesoros exhumados por la filología germánica atestiguan, por el contrario, la riqueza inagotable de una imaginación llena de frescura y de brillo. Pero no había nada que viniese a despertar las fuerzas latentes de aquellas inteligencias adormecidas que nunca encontraban ocasión de ejercitar o acrecentar sus facultades. Los germanos no habían conquistado por su trabajo ningún patrimonio intelectual; desconocían la idea de ciencia; miraban a la escritura como un arte misterioso que producía efectos sobrenaturales, y todo su saber se limitaba a recordar de memoria las fórmulas versificadas de las costumbres o las resonantes estrofas de la cantilena heroica. Su poesía encantaba a los espíritus, pero no los suavizaba, porque no respiraba más que la atmósfera de los combates y el olor de la sangre, y porque el prestigio mágico de sus colores exaltaba

aún más los instintos naturalmente inclinados a la violencia. En cuanto a la religión, que es la expresión más elevada de la vida moral e intelectual de los pueblos, la suya sufría, como su poesía, la influencia del temperamento nacional, careciendo de acción civilizadora; ni siquiera llegaba a defender contra las aberraciones del espíritu las pocas verdades que constituían su base. La idea sublime de un Dios único y omnipotente, legada a la humanidad por una revelación primitiva, ponía todavía alguna claridad entre las tinieblas del pensamiento religioso, pero el espíritu bárbaro, a merced de cualquier viento doctrinario, no cesaba de amontonar nubes sobre el fondo inmaculado de la tradición. Los fenómenos visibles del mundo creado le ocultaban al Ser inefable que era su autor, al que confundía con su obra, atribuyendo una parte de su omnipotencia indivisible a cada una de sus manifestaciones. Había llegado así a transformarlas en otros tantos seres divinos, trabajando sin cesar para darles las formas y la vida de la personalidad.

Los dioses surgidos de esta especie de incubación intelectual tuvieron siempre, es verdad, algo de transparentes y de vagos, y bajo sus contornos indecisos era fácil encontrar las fuerzas naturales de que eran alegorías; pero, si bien nunca llegaron a conquistar una personalidad verdadera, reflejaban en cambio, de modo notable, la del pueblo que los había imaginado. Los germanos poblaban el otro mundo de dioses que hacían a imagen suya, y su Valhala, como las nubes del Brocken, reproducía en proporciones gigantescas el espectro de la sociedad humana proyectado sobre el fondo del cielo. Habían comunicado a sus dioses el furor guerrero que les agitaba a ellos mismos, transformándolos a todos, incluso a las diosas, en combatientes feroces, ansiosos de carnicería. Recibían un culto digno de ellos en el horror de los bosques, en el fondo de los claros, donde mesas de sacrificio, rodeadas de emblemas mágicos y de talismanes siniestros, se empapaban abundantemente de sangre humana. Se los temía, pero no se los amaba, ni nadie se creía amado por ellos; cuando se había conjurado su cólera o comprado sus favores de un día, ya no había nada más que esperar de ellos en este mundo ni en el otro. No compartían su cielo con el hombre; cuando éste moría, lo dejaban caer en el abismo tenebroso del Hela, en donde buenos y malos, reducidos todos al estado de sombras vanas, lloraban la dulce claridad del día y gemían sin esperanzas en medio de una noche glacial. Sólo eludía esta ley fatal el que, con las armas en la mano, forzaba las puertas de la mansión eterna para ir a sentarse, como un familiar más, en los banquetes resplandecientes de los dioses; era

preciso apoderarse de la otra vida a punta de lanza, y sólo el guerrero disponía tan soberanamente del cielo como de la tierra.

La fuerza era, pues, en último análisis, la única ley obedecida universalmente y reconocida por la sociedad bárbara; y así, las numerosas diferencias que existían entre ella y la civilización romana, se disipaban ante la identidad de su principio común, que consistía en la apoteosis del más fuerte. En el fondo de una y otra se ve que los goces de la vida están reservados a la minoría de los fuertes, mientras el peso del trabajo cae sobre la multitud inerme de los débiles, agrupados en dos categorías de esclavos. Esta iniquidad fundamental acarrea a las dos sociedades consecuencias igualmente desastrosas: el desorden, germen de muerte para la vida pública, que llevará a ambas, hacia el final de su desarrollo, a la misma catástrofe definitiva. Ya era inminente para los romanos del Imperio, cuando no pasaba de anticipo para los bárbaros, puesto que éstos apenas habían comenzado el camino que ya estaban terminando sus contemporáneos civilizados; entre tanto, la comparación entre unos y otros resulta muy ventajosa para los germanos. Aún no están éstos corrompidos por la voluptuosidad: si tienen el gusto de ella, ignoran su uso, y los placeres que están a su alcance dan por resultado la exaltación, más que la enervación, de su temperamento. La guerra, que es su pasión máxima, temple su vigor y exalta el sentimiento de su valor personal, mientras que los espectáculos del circo y del anfiteatro afeminan y adormecen a las multitudes romanas. Por eso es fácil prever de qué lado se inclinará la suerte de las armas cuando los decretos de la Providencia enfrenten al pueblo que sabe librar combates con la sociedad que no sabe más que mirarlos.

Durante los primeros tiempos de este conflicto secular parecía que esas previsiones iban a quedar desmentidas; apenas comenzaba a alterarse el vigor de los romanos cuando tuvieron que medirse por vez primera con los pueblos germánicos; estaban todavía en el período de las conquistas y de los crecimientos, y la ambición de sus generales abría cada año a las legiones nuevos caminos hacia la gloria. Pero mientras Roma avanzaba hacia el Norte, la pobreza y el afán de aventuras empujaba incesantemente hacia las regiones encantadoras del Sur a las masas impetuosas de los pueblos germánicos. *¿Conoces el país donde florece el naranjo?* Así reza una antigua canción bárbara, y sus palabras son mucho más modernas que su inspiración, tan vieja como la raza, y que no dejó de actuar con fuerza mágica sobre las imaginaciones septentrionales.

En este movimiento doble e inverso, el pueblo que abandonaba

sus hogares se adelantó al que quería engrandecer los suyos, y la ambición romana se vió dejada atrás por el ímpetu de los bárbaros. Los primeros encuentros tuvieron lugar en Italia y en la Provenza, donde las oleadas de las invasiones se estrellaron ante las armas de Mario. Despertada por el peligro, y fuerte aún, Roma pasó a la ofensiva, y, durante un siglo, espada en mano, empujó ante sí a los invasores, expulsándolos de la Galia, persiguiéndolos en su propia patria, recorriendo del Rin al Elba y del Danubio al mar del Norte, erigiendo fortalezas en medio de los claros, construyendo en ellos ciudades y mercados, y propagando las costumbres, la lengua y la religión de Roma, afanándose en convertir a todo el país en provincia romana.

Ya casi maduraban los resultados; los bosques de Germania comenzaban a aclararse, y hasta el cielo mismo, según un contemporáneo, parecía hacerse más benigno¹. Pero la ilusión no duró mucho, pues Roma no era capaz del trabajo largo y paciente que exige la asimilación de un pueblo; había olvidado ya el arte de conquistar, aunque sus legiones sabían aún el de vencer. Sorprendido sólo un instante, el espíritu germánico se despertó con vivacidad terrible. La catástrofe en que perecieron las legiones de Varo señaló el punto inicial del retroceso de las águilas romanas. La reina del mundo comenzó por evacuar Germania, retirándose tras la línea del Rin; pero los germanos la seguían de cerca, por lo que necesitó atrincherarse detrás de sus fortalezas, construir líneas de circunvalación, defenderse como en un asedio, negociar e intrigar, emplear el oro en lugar del hierro y dividir al enemigo en lugar de someterle. El Imperio llegó a no confiar sino en las luchas intestinas de los bárbaros. "*¡Ojalá —exclamaba en el siglo I el principal historiador de Roma— que continúen las divisiones de los germanos, para salvación del Imperio!*"².

De aquí en adelante Roma luchó ya por su vida. Esto se vió claro cuando, en el siglo II, Italia fué testigo de una nueva invasión de los bárbaros, y cuando toda Germania en ebullición amenazó lanzarse sobre el mundo romano. Roma tembló. El heroísmo de Marco Aurelio y la inmensidad de los recursos que ofrecía aún la vasta máquina del Imperio pudieron conjurar, aunque con dificultad, el peligro, y la invasión fué rechazada. Pero el Imperio salió debilitado de esta lucha, mientras los germanos se hicieron más diestros y más audaces. En lo sucesivo lanzaron a la batalla masas más compactas y actuaron más de acuerdo entre sí; era evidente que las necesidades de la defensa nacional provocaban en ellos amplia labor de concen-

¹ FLORUS, IV, XII, 27.

² TACIT., *Germania*, c. 33.

tración; de ahí esas confederaciones que desde los primeros años del siglo III reunían bajo un mismo nombre a pueblos que hasta entonces habían sido rebeldes a todo género de agrupación. Los godos en el Danubio, y los alemanes y los francos en el Rin, aparecían como nubes sombrías preñadas de tempestades; la lucha ya no era igual, porque los bárbaros habían adquirido de los romanos la superioridad militar que éstos acababan de perder; así, con este siglo empezó para el Imperio una era de desastres sin precedentes. Por todas partes eran rebasadas las fronteras, y bandas victoriosas de bárbaros atravesaban las provincias más ricas; fueron destruidos los tesoros de la cultura griega; desde el mar Negro hasta las columnas de Hércules, los barcos germánicos, tripulados por piratas audaces, sembraron el espanto en todas las costas. En el año 232, un Emperador sucumbía con su ejército ante los ataques germánicos: era el preludio de la destrucción total.

Una reacción desesperada, favorecida por los esfuerzos generosos de los últimos hombres ilustres del Imperio, salvó una vez más a la sociedad antigua; pero ya había desaparecido la confianza, y hubo que fortificar a la Ciudad Eterna mientras se iban consiguiendo algunas victorias sobre sus enemigos. En cuanto a los bárbaros, que reaparecían más temibles y numerosos después de cada derrota, se creyó apaciguarlos a fuerza de concesiones; les pagaron tributos, les asignaron tierras y les abrieron las puertas del Imperio, para impedir que las derribasen. Después de trescientos años de guerra casi permanente contra ellos, se estaba en vísperas de una lucha decisiva para la que ellos eran los mejor armados. Germania, fuera ya de sus bosques, cercaba por todas partes a la civilización antigua, y cabía preguntarse cuál iba a ser el porvenir del mundo, acogotado como estaba entre el despotismo romano y la anarquía de los bárbaros.

FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Nuestros primeros conocimientos sobre los germanos no se remontan más allá de César, quien observó a los bárbaros de cerca y habla de ellos con mucha autoridad (*De bell. gall.*, IV, 1-3; VI, 21-24 y *passim*). Nunca se lamentará bastante la pérdida de los libros 104 y 137-140 de Tito Livio, así como la obra de Aufidio Baso, donde se narraban las guerras contra los germanos. Pérdida más sensible aún es

la del *Bellorum Germaniae Libri viginti* de Plinio el Viejo. Felizmente, se ha conservado la *Germania* de Tácito (edición crítica de Maszmann, Quedlinburg, 1847), que es la fuente más pura y abundante que tenemos sobre la historia de los germanos.

El libro de Tácito es principalmente descriptivo y etnográfico; hay que completarlo, en lo referente a la narración de las guerras entre los ger-

manos y el Imperio, con los pasajes de los principales historiadores romanos: del mismo Tácito (*Anales e Historias*), de Veleyo Patérculo, de Dión Casio, de Herodiano, de la *Historia Augusta*, y de Amiano Marcelino. También se hallan noticias preciosas en los geógrafos Pomponio Mela y Estrabón, así como en Tolomeo, que es más abundante, aunque menos seguro.

Los pasajes principales de los autores antiguos que han hablado de los germanos han sido recogidos por Müllenhoff en su pequeña y útil antología titulada *Germania antiqua*, Berlín, 1773. Han sido comentados con frecuencia, y la *Germania* de Tácito, en particular, ha merecido multitud de trabajos críticos que no podemos enumerar aquí por falta de espacio.